

Dexter Gordon

Dexter Gordon

MAXINE GORDON

**PRÓLOGO DE FARAH JASMINE GRIFFIN
EPÍLOGO DE WOODY LOUIS ARMSTRONG SHAW III**

TRADUCCIÓN DE INMACULADA C. PÉREZ PARRA

Este libro está dedicado al espíritu de
Dexter Keith Gordon (1923-1990),
Woody Shaw (1944-1989),
Shirley Scott (1934-2002),
John L. Cooper (1936-2001) ,
Shakmah Anna Branche (1931-2010),
W. E. B. Du Bois (1868-1963)

Y a mi padrino, Wilson Carrero,
y a mi hijo, Woody Louis
Armstrong Shaw III

ÍNDICE

Prólogo, por Farah Jasmine Griffin	9
1. La saga de Society Red	13
2. Una familia fuera de lo común	27
3. La educación de un monaguillo del Eastside	43
4. Irse de casa	55
5. Pops	67
6. Acabar con el blues	75
7. Lecciones de negocios	91
8. 'Mischievous Lady'	111
9. El bop de Central Avenue	123
10. Atrapado	139
11. Resurgimiento	159
12. Nueva vida	167
13. 'Very Saxily Yours'	183
14. Problemas en París	197
15. El califa de Valby	211
16. Vuelta a casa	225
17. Bebop en acción	241
18. 'Round Midnight'	255
19. Una noche en los Óscar	285
20. Cadencia	293
Epílogo. Por amor a Dex: la matriarca y el mensajero, por Woody Louis Armstrong Shaw III	305
Agradecimientos	311
Bibliografía	321
Notas	329

PRÓLOGO

por Farah Jasmine Griffin

Esta es la narración creativa de la vida de Dexter Gordon, conocido sobre todo por ser uno de los músicos de jazz más importantes del mundo, pero que también fue un dotado compositor, escritor, contador de historias y actor. A lo largo de esta serie de esbozos, impresiones y escenas descritos con cariño, surge el retrato de un artista en toda su belleza y complejidad. Esta no es una biografía o autobiografía convencional ni debería serlo. Hay en ella múltiples voces: la de Dexter, la de su viuda y autora del libro, Maxine Gordon, las voces incluidas en el archivo histórico y periodístico y las de sus colegas de profesión y amigos. Es una narración creativa y colectiva de una vida tan prominente que una narración directa y lineal no podría contenerla.

Este libro encontrará su lugar dentro de un corpus más amplio de autobiografías, que incluye, entre otras, *Treat It Gentle*, de Sidney Bechet; *Menos que un perro*, de Charles Mingus; y *Miles*, de Miles Davis. Difiere de estos textos en que la voz de Maxine Gordon, como un tejido hilado con cuidado, crea un todo coherente. Es una compañera vital que, mucho antes de su encuentro con Dexter Gordon –encuentro que le cambiaría la vida–, poseía un amor y un conocimiento profundo de la música y de la gente que la hacía. Igual que un músico adquiere las técnicas y la disciplina necesarias para darle forma a una interpretación inspirada, ella hizo lo propio. Se puso cotas muy altas como narradora de esta historia. No le bastó con haber vivido gran parte de ella o con haber oído el resto de primera mano. No bastaba con conocer en profundidad y al detalle las innovaciones técnicas, las fechas de grabación y de los conciertos, y a quienes componían la banda, si bien sabe de todo ello y lo comparte. También entendió

DEXTER GORDON

la necesidad de situar la música y la vida de su amado en un contexto histórico, social y político. ¿Quiénes fueron sus familiares? ¿De dónde vinieron? ¿Qué historias, migraciones y comunidades lo conformaron? Todo ese trasfondo sirve de fundamento para contar mejor la historia de Dexter Gordon y de otros de su generación, creadores que le dieron al mundo una de sus formas artísticas más importantes, pero que no siempre recibieron un trato amable o justo por parte del país en que nacieron. Fueron personas cuyos logros pasaron por enfrentar las manifestaciones más hostiles de racismo contra los negros. Y, sin embargo, algunos de ellos ejemplificaron lo mejor que es capaz de ofrecer la humanidad.

Conocí a Maxine a final de la década de 1990. Desde entonces no solo he terminado considerándola una de mis amigas y colegas más queridas, también he tenido el privilegio de verla convertirse en una estudiante, archivera y entrevistadora de primera categoría. Estos papeles la presentan como la viuda heredera del legado de uno de los artistas más importantes del mundo y como una académica por derecho propio. Cada uno de ellos ha contribuido al libro que nos entrega ahora. Hace mucho que admiro su tenacidad y devoción; la estima que le tengo no ha hecho más que aumentar desde que leí el libro. *Dexter Gordon* es ya parte del legado que ella se esfuerza infatigablemente por conservar, es un aspecto de su feroz defensa del jazz y de los músicos de jazz. Tanto Maxine como Dexter dan testimonio y enaltecen los nombres y aportaciones de muchos que no sobrevivieron para contar su propia historia.

Si bien la vida y el arte de Dexter son testimonio de la majestuosidad de esa música que llamamos jazz, ni él ni Maxine endulzan la realidad de su vida y de su época. Dexter vivió el tiempo del racismo brutal, del trato inhumano que sufrían los que vivían la agonía de la drogadicción y la explotación económica que demasiadas veces experimentan los artistas de talento a manos de los propietarios y productores de las discográficas. No obstante, esta no es la historia de una víctima. El libro retrata con honestidad una vida tan plena, multidimensional y verdaderamente hermosa como los solos más elocuentes de Dexter. En todas las vicisitudes de su vida hay una constante: su devoción y su

amor por la música y sus artífices. Porque todos los aspectos de esta historia se cuentan con una claridad muy franca, agradecemos mucho el momento en que cambia su suerte. Y sí que cambia, una y otra vez, pero sobre todo en la última década de su vida, cuando recibió la atención, los homenajes y la celebración que tanto se merecía.

Leer *Dexter Gordon* es contemplar y compartir el amor y la generosidad de espíritu que animó a Dexter Gordon y que anima esta narración de su vida. En efecto, el mundo es un poco más bonito porque Dexter estuvo en él. Lo es todavía más porque ahora tenemos esta historia que escuchar y de la que aprender, un acompañamiento para el conjunto de su obra musical. Por esto tenemos con Maxine Gordon una deuda de gratitud.

CAPÍTULO 1
LA SAGA DE SOCIETY RED

Lo hacía todo mal y todo salía bien.

DIZZY GILLESPIE¹

Últimamente, la gente me dice: “Oh, vaya, te has quedado solo. Todos han muerto”. Bueno, no sé de qué me hablan. Siguen todos aquí.

SONNY ROLLINS²

Cuando Dexter tocaba, todo el mundo escuchaba. Te podía eclipsar en el escenario si estabas ahí arriba con él. Dexter el larguirucho. No lo olvidaremos nunca.

JIMMY HEATH³

Dexter Gordon era conocido como “Society Red”. Le pusieron el nombre cuando estuvo con el grupo de Lionel Hampton a los diecisiete años en 1940, más o menos al mismo tiempo que a Malcolm X (entonces Malcolm Little) lo llamaban “Detroit Red”.^{*} Dexter escribió una melodía con aquel título y, décadas después, cuando empezó a trabajar en su autobiografía, decidió titularla *La saga de Society Red*. La ironía del apodo tiene muchos niveles y se convirtió en una broma privada del mundillo del jazz de aquellos tiempos, cuando los jóvenes negros se alisaban el pelo y llevaban trajes *zoot*. Dexter empezó a escribir la historia de su vida en 1987, después del gran

^{*} N. de la T.: Tanto Dexter Gordon como Malcolm Little eran pelirrojos, de ahí el apodo de *red*, ‘rojo’, para ambos (véase p. 164).

DEXTER GORDON

escándalo que se armó tras su candidatura al Óscar a mejor actor por *Round Midnight*. Una vez pasado el revuelo, y mientras vivíamos en Cuernavaca (México), donde tocaba el saxofón en el jardín, flotaba con el cuerpo estirado en la piscina y paseaba hasta el zócalo, Dexter comenzó a anotar sus recuerdos y pensamientos en un cuaderno de hojas amarillas. Al principio esperaba que James Baldwin escribiera con él el libro, pero, tristemente, Baldwin estaba enfermo y murió en diciembre de 1987.

James Baldwin era una de nuestras muchas pasiones compartidas. Dexter y yo teníamos los mismos libros de Baldwin, nos encantaba hablar de *Ve y dílo en la montaña* y nos reíamos de que viajáramos cada uno con nuestro ejemplar. Dexter conocía a Baldwin lo bastante bien como para llamarlo Jimmy. Yo solo lo vi una vez, en una fiesta en Harlem, y me quedé anonadada y sin palabras. Quedarme sin palabras es algo que no me pasa casi nunca. Dexter bromeó con que, si conseguía recomponerme, me presentaría al gran escritor. Mientras decía aquello, Baldwin gritó desde el otro lado de la habitación: “Eh, Dex, he leído en el periódico que éramos emigrantes. Yo creía que estábamos viviendo en Europa”. Dexter aulló, luego se acercó y se agachó para abrazar a Baldwin, que casi desapareció dentro de aquel abrazo. “Yo creía que estábamos viviendo en Europa”; ese comentario me ha hecho reflexionar durante años.

Los años en que Dexter vivió en Europa –de 1962 a 1976– se consideran “perdidos” por muchos admiradores, amigos y críticos. Durante aquellos años europeos estuvo ausente de la escena musical de Estados Unidos, que muchos en aquella época consideraban no solo el centro del jazz, sino el del mundo y de todo lo interesante que pasara en él. Pero Dexter estaba pendiente de todo lo que pasaba en Estados Unidos y siguió conectado con su país natal de muchas maneras. Como a Baldwin, le hacían gracia los calificativos que sugerían que era una especie de forastero.

Intenté mostrarme indiferente cuando me presentó a Baldwin. Traté de no parecer desconcertada. Era una neoyorquina impasible; nada ni nadie podían impresionarme. Baldwin no era más que otro asistente a la fiesta, pero Dexter me dijo que tenía lágrimas en los ojos y que

parecía que iba a desmayarme. Su capacidad de ver más allá de mis ínfulas y hacer que me riese de ellas era algo que yo valoraba especialmente. Dexter hacía eso, que te vieras con un poco más de claridad, y lo hacía siempre con ingenio (a veces con ingenio mordaz; otras, el humor se clavaba como un cuchillo).

Dexter sabía que tenía una historia importante y muy interesante que contar. Era su historia, pero también la historia de los “inmigrantes” negros, una historia sobre la historia y la cultura de los extraordinariamente creativos músicos de jazz, una historia sobre el amor por Baldwin y otros escritores brillantes, una historia sobre Estados Unidos y su forma de acoger, y también de apartar, a la gente negra brillante y creativa. Sabía que tenía una historia que contar sobre sí mismo y sobre su país. Contrató al escritor de gran talento Wesley Brown, autor de la novela *Tragic Magic*, para que trabajara con él. Cuando Dexter supo que Wesley había pasado un año en la cárcel por haberse negado a servir en el Ejército durante la guerra de Vietnam, sintió que había encontrado al colaborador adecuado. Wesley vino a nuestro apartamento de Nueva York varias veces y luego fue a visitarnos a Cuernavaca para hablar y entrevistar a Dexter. Escribió sobre el primer viaje de Dexter a Nueva York con el grupo de Hampton y a Dexter le gustó, pero poco después decidió que quería escribir él mismo el libro, con su propia voz.

Pensó en escribirlo en tercera persona, sobre un personaje conocido como “Society Red” que se metía en problemas y se libraba de ellos, mientras disfrutaba de su vida como músico de jazz y quería a la mayoría de los que lo tocaban. Dexter empezó escribiendo notas y anécdotas para sí mismo en aquellos cuadernos de hojas amarillas. Su idea para el libro estaba muy influida por una de sus novelas favoritas, *El hombre de mazapán*, de J. P. Donleavy. Siempre llevaba consigo un ejemplar de bolsillo cuando viajaba, tenía uno en la mesita de noche y era capaz de citarlo largo y tendido. Le gustaba por la sensación de improvisación en la voz narrativa y por lo que tenía de inesperado. El final de algunos capítulos parecía poesía, algunas frases no tenían verbo y a veces era como si las ideas se abalanzasen sobre el lector. Dexter quería que su libro fuese igual. Sobre todo, le encantaba el elemento

DEXTER GORDON

cómico de la novela y quería que su libro tuviese sentido del humor, el aspecto que él consideraba más importante en nuestras complicadas y atribuladas vidas.

Dexter llenaba unas cuantas páginas con su letra. Yo mecanografiaba las notas con una pequeña máquina de escribir portátil Olivetti; él las leía después, hacía cambios y hablaba de cómo quería contar la historia. Una vez que estábamos sentados en el patio de Cuernavaca, le comenté que creía que le vendría bien hacer un esquema para organizar mejor el libro. No le gustó la idea y me dijo que no quería escribir un libro que siguiera una pauta cronológica lineal. Quería improvisar, que el libro funcionara como un gran conjunto de jazz, que la historia se fuera desvelando mientras él reflexionaba sobre la vida de Society Red. Insistí en que hacía falta un guion y recuerdo que gané la discusión, lo que sucedía rara vez. (Me dijo más tarde que había accedido solo para que me quedase tranquila. Como nos pasaba tantas veces, Dexter veía a largo plazo: sabía que con el tiempo yo terminaría apreciando lo acertado de su enfoque. Este libro es, en parte, una victoria póstuma de Dexter en otro de nuestros muchos apasionados debates). Dexter escribía el libro de la misma manera en que había escrito su vida: según sus propias reglas, con su propia voz, con su propio estilo inimitable. Mientras le observaba trabajar y le ayudaba y discutía con él, entendí por qué era importante, esencial incluso: conocer la historia de Dexter Gordon es conocer la historia de su comunidad, la historia de cómo algunas de las personas más creativas del siglo xx sobresalieron con sus voces únicas.

Mientras trabajaba en el esquema, llegó a 1948. Tenía veinticinco años y trabajaba en el Royal Roost de Nueva York, donde Herman Leonard le hizo una fotografía mientras ensayaba con Kenny Clarke y Fats Navarro. Años más tarde, a Herman se le ocurrió intentar quitar de aquella famosa foto el humo de cigarrillo arremolinado sobre la cabeza de Dexter. Le preocupaba que el humo pudiera animar a los jóvenes a ser igual de *cool* con lo de fumar. Pero después de retocar la imagen en el ordenador, Herman desechó la idea diciendo: “La foto no es nada sin

el humo”. La imagen sigue siendo el epítome de lo que se consideraba moderno y *cool* en aquella época y hasta el día de hoy se la considera, por lo general, la foto icónica del jazz.

Este Dexter Gordon —el icono— es el Dexter al que ahora se conoce, se adora y se homenajea con discos y películas y en la historia del jazz, incluso con una calle con su nombre en Copenhague. Pero esta imagen del jazzista *cool* no concuerda con la figura tridimensional llena de humor y sabiduría, con el hombre que luchó por reconciliar al creador forastero que rompía las reglas con el privilegiado que disfrutaba de todas las comodidades y que fue hijo, padre, marido y ciudadano del mundo. Este libro es una tentativa de completar las lagunas creadas por nuestras concepciones erróneas y también las que dejó el propio Dexter.

Después de completar los detalles de 1948, Dexter saltó directamente a 1960. Le dije:

—Te has dejado fuera una década. No puedes dejar fuera una década entera.

—Es mi vida y la puedo dejar fuera si quiero —contestó—. No quiero escribir sobre ella y definitivamente no quiero pensar en aquellos años.

Discutí, en vano. A Dexter se le veía en los ojos aquella mirada que me hacía saber que no importaba cuánto insistiera yo o cuántos argumentos lógicos tuviera: había tomado una decisión. Eso era todo. Muchas veces no tenía sentido hablar de algo que él ya había decidido, y la década de 1950 no estaba abierta a discusiones. Después me dijo: “Si quieres que salga en el libro, tendrás que escribirlo tú misma”. Este libro es mi inesperada aceptación de aquel reto.

En 1988, por su 65.º cumpleaños, dimos una gran fiesta en Cuernavaca. Fue una de las mejores fiestas, con dos bandas de música, cantidades copiosas de comida y bebida, mujeres del pueblo haciendo tortillas azules en el patio, y un entreacto en el que Dexter tocó “Bésame mucho” al saxo soprano para Gil Evans, que había venido a Cuernavaca para un tratamiento médico. Cuando la fiesta fue llegando a su fin, Dexter les agradeció a los invitados que hubiesen venido y dijo: “Si me hubieseis dicho que estaría en mi fiesta de sesenta y cinco cumpleaños, no me lo habría creído. Esto es un milagro del jazz. Muchos amigos y

DEXTER GORDON

músicos murieron jóvenes. Les rindo homenaje y juro que no caerán en el olvido”.

Dos años después, cuando Dexter empezó a padecer problemas graves de salud, tuvimos algunas conversaciones sobre cómo quería que se manejaran las cosas si moría antes que yo. Su madre había pasado de los noventa años y yo seguía creyendo que él viviría también hasta una edad avanzada. Me dijo que tener más de treinta y cinco años ya era una edad avanzada para un músico de jazz. Dexter dejó escrita una serie de instrucciones para después de su muerte, en las que ordenaba que se arrojaran sus cenizas al río Harlem y que no hubiese funeral ni servicio religioso. Insistió en que, si tocaban algunos músicos, no fuese un recital comercial. Hicimos todo lo que pudimos para cumplir sus deseos. También insistió en que yo terminase la universidad. Que creía que me había arrepentido de haber dejado la universidad a los diecinueve años, pero lo cierto era que quien lamentaba no haber ido a la universidad era él. Dexter era un apasionado lector y admiraba a quien valorase los conocimientos académicos y tuviese intereses intelectuales. Accedí a terminar mis estudios. Luego me pidió que le prometiera otra cosa: “Si no termino el libro, prométeme que lo acabarás tú. Te he hablado a ti más que a nadie de mi vida, y estás aquí en este momento en que reflexiono sobre el pasado. Nunca tuve tiempo para eso. Estaba demasiado ocupado yendo de acá para allá, de gira”. Prometí terminar el libro si no lo hacía él, pero no quería pensar en lo que conllevaba aquella promesa. Sin embargo, en abril de 1990 murió Dexter y me vi obligada a sopesar todas las cosas que había estado alejando de mi pensamiento los meses anteriores.

Gracias a la insistencia de mi buena amiga Shirley Scott, la legendaria organista de jazz que había vuelto a la universidad y daba clases en Cheyney, me matriculé. Cuando empecé a escribir el libro, me di cuenta de que no había forma de hablar sobre Dexter sin mencionar muchas más cosas: la historia de los primeros años de los afroamericanos en Los Ángeles, la criminalización de los consumidores de drogas en la década de 1950, la economía política del jazz y demás. La historia de la vida de Dexter es nada menos que la historia cultural de los creadores negros estadounidenses durante los años de entreguerras y

de posguerra. Aunque como Dexter era Dexter, yo tendría que tomar la vía travesa, improvisada y tortuosa que a él tanto le gustó en vida y que dejó como legado para nosotros a su muerte.

Ahora el lector tiene en sus manos la historia que empezó en la mente de Dexter Gordon, otra de sus chispas creativas y musicales, como *La saga de Society Red*. Es mi voz, sí –mi intento de cerrar y completar las lagunas, en algunos casos incluso en contra de la voluntad de Dexter–, y también mi historia y, durante muchos años, nuestra historia. Pero, asimismo, es una aventura conjunta. Este libro es mi gesto de asentimiento a Sonny Rollins cuando dijo que aquellos grandes del jazz del pasado “siguen todos aquí”. A lo largo de *Dexter Gordon* el lector encontrará anécdotas originales, notas e ideas exactamente como las recogió Dexter en aquellos cuadernos de hojas amarillas mientras se relajaba y reflexionaba en Cuernavaca, “ciudad de la eterna primavera”. Cuando lleguen esos pasajes, piense el lector en Dexter (o en Society Red), adelantándose para hacer un solo, a veces de ocho o de dieciséis compases, otras de uno o tres estribillos enteros. Esos pasajes aparecen exactamente como los escribió Dexter en sus cuadernos de hojas amarillas. Otros textos, incluidas cartas originales y citas de Dexter con referencia a las fuentes en las que se publicaron previamente, indican el turno de un solo similar.

La década de 1950 es la década que Dexter quiso dejar fuera de su libro. Tenía sus razones: relaciones de las que no quería hablar ni en las que quería pensar, en las que prefería no hacer frente a sus debilidades o más probablemente a su negligencia. Me contó que había elegido seguir en la carretera tocando la música que amaba y que perdió a su familia en el transcurso de sus viajes. “Arruiné mi vida familiar”, decía, sin querer profundizar, porque romper el silencio era encarar hechos dolorosos. Por supuesto, no solo la década de 1950 fue problemática para Dexter. Yo había detectado que década tras década omitía muchos detalles pertinentes. Cualquier cosa que le parecía infeliz o negativa quedaba más allá de los límites del libro. Lo personal era el problema. Aunque, por supuesto, también hubo momentos felices en la década de 1950. Se casó con su primera mujer, Josephin A. Notti, a quien llamaban Jodi, y tuvieron dos hijas, Robin y Deidre, en aquella

DEXTER GORDON

década. Vivían todos con la madre de Dexter en la casa familiar del Eastside de Los Ángeles (Dexter y Josephin se divorciaron a mitad de la década siguiente). Sus hijas seguramente tengan su propia historia sobre su infancia, y esperamos que algún día la escriban. Esta, lo sabemos, debe de haber sido una época muy difícil para la familia, gente que sabía muy poco de la voz que conmemora este libro.

Cuando se indaga para destapar un pasado escondido, uno se encuentra con una vida fragmentaria. Este libro es una composición de jazz que cede con gratitud el escenario para que distintas voces toquen sus melodías, y que se resiste cariñosamente a la tendencia de Dexter de darle la espalda a lo incómodo, sin perder de vista lo más crucial de esta historia: una voz individual y su determinación de imponerse en un mundo dispuesto en su contra con demasiada frecuencia. Su llegada al panorama musical como el nuevo fenómeno del sonido grabado se produjo al mismo tiempo que las explosiones culturales que fueron el jazz y luego el bebop, y que la intensidad y el aplomo cada vez mayores de un grupo naciente y exigente de jóvenes negros radicales. Dexter y muchos de sus contemporáneos se hicieron oír como nadie había sido escuchado antes, y trajeron alegría, esperanza y satisfacción mediante sus voces: musicales, políticas, raciales, culturales. Este libro es sobre una voz, alegre, conmovedora, divertida, firme, quejumbrosa, confiada.

Mi voz no entra en la historia hasta 1975, cuando conocí a Dexter en Francia, el año antes de que volviera a Estados Unidos. Tengo una voz muy fuerte (como me han dicho muchas veces) que se formó en el jazz a partir del final de la década de 1950, cuando éramos unos adolescentes aficionados al jazz y teníamos un pequeño club (de chicos principalmente) y nos juntábamos en casa de Joel O'Brien para escuchar los últimos LP. El padre de Joel era un locutor de radio muy conocido que recibía copias de los discos más recientes. Íbamos a las sesiones matutinas del Village Vanguard de Nueva York y a la sección de escuchas de Birdland. Siempre me preguntaba cómo encontrar la manera de pasar todo el tiempo que pudiera alrededor de aquella gran música y de aquella gente fascinante. Suelo decir que el momento en que escuché a Art Blakey y los Jazz Messengers en el Village Vanguard

con Lee Morgan, Wayne Shorter, Bobby Timmons y Jymie Merritt fue el momento en que entré en el mundo del jazz, o por lo menos deseé poder decir que formaba parte de aquel mundo. Aquello se convirtió en una vida que me eligió a mí tanto como yo la elegí a ella. Fui *road manager* de Gil Evans, trabajé con Shirley Scott y Harold Vick y aprendí con ellos a conseguir que todo funcionara mientras estábamos de gira, a ocuparme de las nóminas y de encontrar sitios para comer después de las actuaciones, a ir a las reuniones en las discográficas haciendo como que sabía lo que estaba haciendo antes de saber de verdad lo que hacía.

Cuando conocí a Dexter en Francia, aparenté saberlo todo del jazz, que nadie podía contarme nada nuevo. Había estado de gira con Clifford Jordan, George Coleman, Cedar Walton, Billy Higgins y Sam Jones. Sam, sobre todo, creía que yo podía aprender un trabajo que algún día les sería útil a los músicos. Es la persona que me sugirió que siguiera estudiando los horarios de los trenes europeos impresos en uno de aquellos libros enormes y aprendiera a cambiar las distintas monedas europeas (mucho antes del euro, internet, los teléfonos móviles y los horarios de trenes en la red). Cuando trabajé en Europa como *road manager*, descubrí que había un público entusiasta y respetuoso de la música y que se pagaba a los grupos antes del concierto, no después. Dexter decía que podía tocar el blues todavía mejor si le pagaban antes de tocar.

Cuando se fue solo a Europa en 1962, Dexter dijo que esperaba que su mujer Jodi y sus hijas se reunieran con él allí, pero después empezó una vida nueva en Europa y el matrimonio terminó. Lo que aprendí cuando organizaba las giras de los conjuntos de jazz es que la vida ahí fuera no es fácil, y que las tentaciones son grandes: drogas, alcohol, mujeres, abandono financiero. Se tiende a vivir el momento, no a pensar en el futuro. Por supuesto, no todos los músicos eran un desastre. Muchos manejaban bien el dinero y tenían vidas personales estables, pero otros muchos que he conocido a lo largo de los años no tenían planes para el futuro. El gozo de interpretar la música y el de estar en mutua compañía y en compañía de los admiradores constituyen una vida emocionante y satisfactoria sobre el escenario, pero, como diría Dexter más adelante, las temporadas fuera de él pueden ser muy duras.

DEXTER GORDON

Cuando Dexter se fue a vivir a Copenhague a principios de la década de 1960, sus cartas a Alfred Lion y a Frank Wolff, cofundadores de Blue Note Records, llevaban como dirección de respuesta “a/c Nielsen”. Para mi investigación sobre sus años en Europa, me dirigí a un muy buen amigo de Dexter, el periodista Leonard “Skip” Malone. Cuando le pregunté a Skip por Lotte Nielsen, me miró y dijo: “Aléjate de eso. Olvídalo”. Su mirada era igual que la que ponía Dexter cuando le preguntaba por la década de 1950 o por cuando estuvo en la cárcel. Dexter no había mencionado a Lotte ni haber sido detenido en París en 1966 hasta que me enseñó una carta que estaba obligado a llevar consigo para que le permitieran la entrada en Francia. Cuando le pregunté por una fotografía hecha en la parte de atrás del Montmartre Club de Copenhague a aquella chica bajita y alegre llamada Lotte, se puso melancólico y no me respondió. La historia de Lotte tiene un final trágico y, en contra de los deseos de Dexter, se cuenta en este libro porque decidí que es una parte importante de su historia.

Mientras vivía en Copenhague y se iba de gira por Europa a mitad de la década de 1960, Dexter tuvo dos hijos que no crió; a uno de ellos ni lo conoció. He llegado a conocer a estos dos hombres, que se parecen físicamente a Dexter y han terminado siendo como él, en cierta manera. Andan como él y a veces noto que piensan como él en cuanto a su tendencia al optimismo cuando los tiempos se ponen difíciles. Morten vive en Dinamarca y Mikael, en Suecia. Ninguno de los dos vivió nunca con Dexter. Nacieron de relaciones con mujeres que Dexter conoció estando de gira o cuando trabajaba en Copenhague. Los dos están orgullosos de su padre, conocen y escuchan su música y entienden muchas cosas de su vida. No supe de Mikael hasta el final de la vida de Dexter. Se ha convertido en un hombre extraordinario, tiene mujer y una familia preciosa, ha aprendido mucho sobre Dexter y su música y está profundamente influido por él. Conocí a Morten cuando vino a visitarme después de la muerte de Dexter. No sé nada de la relación que tuvo Dexter con sus madres.

Cuando Dexter por fin “se calmó” (como decía él), compró una casa en el distrito de Valby de Copenhague, conoció a Fenja Holberg y se casó con ella. Según Dexter, Fenja procedía del linaje real danés. Su

hijo, Benjamin Dexter Gordon, al que llamaban Benjie, nació en 1975 y recibió su nombre por Ben Webster, el gran saxofonista tenor. Dexter afirmaba que quería intentar vivir una vida “normal” y terminar con sus años de inestabilidad y lucha. La vida le iba muy bien a Dexter en aquel momento y Benjie era su orgullo y su alegría. Cuando Dexter volvió a Estados Unidos en 1976, Fenja y Benjie vinieron con él. Pero volver significaba otra vida distinta: después de firmar con Columbia Records y contratarme como representante, Dexter tenía su propia banda y estaba continuamente de gira, renovando antiguas amistades y andando por ahí hasta altas horas de la madrugada. Cuando estaba en Nueva York, pasaba muchas horas con su viejo amigo Charles Mingus y con músicos que hacía años que no veía. Pudo conseguir un apartamento en el mismo edificio que Mingus y su mujer, Sue. Hubo muchas celebraciones por su vuelta, que solían alargarse bastante en los clubes nocturnos de Harlem. Dexter llevaba una tarjeta con el número de nuestra oficina para que pudieran contactar conmigo si había algún problema. Una cosa que Dexter y yo acordamos fue que, si no estaba trabajando, no tenía que preguntarle adónde iba o cuándo iba a volver. Acaté siempre aquella norma.

Desgraciadamente, su matrimonio con Fenja no sobrevivió a su regreso a Estados Unidos y ella volvió a Copenhague con Benjie. Dexter planeó que Benjie lo visitara y se criara en Nueva York una parte del año, pero, tristemente, aquello nunca pasó. El matrimonio terminó con un divorcio muy amargo y después de eso Dexter no permitió que se mencionara a Fenja. Tanto Jodi como Fenja han muerto. Dexter tiene cinco nietos. Conoció y quiso a Raina, la hija de Robin. Los demás nacieron tras la muerte de Dexter: el hijo de Benjie, Dexter; el hijo de Mikael, Dexter Gordon-Marberger, y los hijos de Robin, Jared y Matthew. Dexter había oído hablar de otros hijos que aseguraban que él era su padre, pero estos son los hechos tal como los conocemos y él los escribió.

La historia de cómo conocí a Dexter y de cómo planeamos su regreso, abrimos una oficina y empezamos una vida juntos en 1983 se cuenta en el capítulo titulado “Vuelta a casa”. Primero fuimos amigos, luego socios. Hablábamos más de una vez al día. A veces tenía que

DEXTER GORDON

subirme a un avión para ir a una ciudad en la que había algún problema que resolver. “Red [Pelirroja], el grupo te necesita”, me decía. Todos los años, el día de Año Nuevo llegábamos al acuerdo verbal de seguir trabajando juntos. No había papeles entre nosotros. Decía: “Sigamos un año más. ¿De acuerdo, Little Red?”. (Sí, es una curiosa coincidencia que Society Red se emparejase un día con “Little Red”. Woody Shaw había escrito una composición preciosa para mí titulada “Little Red’s Fantasy” por mi color de pelo que se convirtió en mi nuevo apodo). El productor Michael Cuscuna y yo teníamos una oficina en la calle 53 Oeste, y durante aquellos años trabajé a doble jornada, es probable que durmiera cuatro horas como mucho cada noche.

Antes, cuando era *road manager* del Louis Hayes-Junior Cook Quintet y viajaba por Europa seis semanas cada vez, conocí al fenomenal trompetista Woody Shaw y tuvimos una relación. En 1978, gracias a uno de los mayores milagros de mi vida, nació nuestro hijo, Woody Louis Armstrong Shaw III. Aquel bebé creció en la oficina, de gira, en la cocina del Village Vanguard y los fines de semana en Newark con sus abuelos. Woody Shaw y yo vivimos juntos poco tiempo, las cosas no funcionaron entre nosotros, y nuestra relación terminó en 1983.

Las cosas habían cambiado para Dexter cuando celebró su cumpleaños en el Village Vanguard aquel mismo año. Acordamos terminar la relación de negocios, vivir juntos y, como había dicho él en otra ocasión, intentar tener una “vida normal”. Estaba claro que era algo que Dexter anhelaba, pero, al fin y al cabo, ¿qué es una “vida normal”? Cerramos la oficina y Dexter se convirtió en el padre adoptivo de Woody. La vida normal, por mi parte, conllevaba cocinar tres comidas al día, llevar y traer a Woody al colegio y a las actividades extraescolares, y encontrar tiempo para descansar y recuperarnos de las giras y la oficina. En cierta ocasión, cuando Dexter estaba poniendo mi nombre y mis datos en un contrato de alquiler, el agente inmobiliario me dijo: “Ah, ¿usted no trabaja?”. Dexter lo miró y dijo: “Este es el trabajo más difícil que ha tenido nunca. Se va a quedar en casa a ser esposa y madre”. Tenía razón. A veces Dexter se despertaba y preguntaba: “¿A qué hora es el concierto?” y le llevaba un tiempo darse cuenta de que en realidad estaba en casa y no tenía que ir a ninguna parte.

Acordamos que ambos viviríamos vidas de jazz: una forma de ver el mundo y de saber que siempre había una salida a cualquier problema al que hubiera que enfrentarse. Por supuesto, tener buenos amigos y los mejores abogados, médicos y contables ayudaba. Woody ha crecido en este ambiente y su visión de la vida es muy amplia; encuentra soluciones para problemas monumentales, igual que hacían su padre y su padrastro. Art Blakey me dijo una vez: “Siempre se puede derribar esa pared de ladrillos que nos han construido delante. Tenemos poder”.

Dexter estaba decidido a comportarse como un padre. Woody venía de gira con nosotros, iba a la International School de Cuernavaca cuando vivíamos allí y viajó con nosotros a París para el rodaje de *Round Midnight*. En París pasaba el rato en el plató de la película cuando no estaba de campamento en el parque Saint-Mandé. Dexter observaba a Woody desde nuestra casa, en un tercer piso, cuando este iba a la *boulangerie* por la mañana a comprar *croissants* y *baguettes*. Estaba muy orgulloso de en quién se estaba convirtiendo aquel niño de siete años. Quería hacer lo que no había hecho con sus propios hijos, quería ser un padre de verdad.

El resultado de mi promesa de completar su historia es este libro, que pretende ofrecer el retrato verdadero de uno de los iconos del jazz más influyentes y queridos: mi marido y antiguo socio en el llamado negocio del jazz, saxofonista tenor, compositor y candidato al Óscar a mejor actor, Dexter Gordon. La historia de Dexter Gordon es la historia del fénix que renace. Era una figura imponente con su metro noventa y seis centímetros de altura, fue el músico que tradujo el lenguaje del bebop al saxo tenor; el hombre que desapareció durante una década en las drogas y la cárcel y consiguió resurgir con un sonido que había que escuchar; el músico que dejó Estados Unidos por una actuación en el Ronnie Scott's Club de Londres en 1962 y volvió catorce años después para recibir ovaciones en pie en Nueva York; el músico que hizo una película con el director francés Bertrand Tavernier y estuvo nominado al Óscar a mejor actor protagonista. Se podría contar la historia abreviada de su vida leyendo detenidamente los títulos de algunos de sus álbumes más significativos: *Resurgence, Go, Our Man*

DEXTER GORDON

in Paris o *Homecoming*. Dexter Gordon creía en la vida y en la música. Le encantaba ser músico de jazz, y aunque su vida fue complicada y tuvo momentos muy oscuros y muy rastreros, no era una persona cargada de remordimientos. De hecho, a Dexter ni le importó quedarse sin tiempo para poder terminar su libro, probablemente porque sabía que lo haría yo. No: Society Red dejó este mundo como un hombre muy satisfecho. Cuando le preguntaban si se arrepentía de algo, contestaba: “Solo de una cosa: nunca conseguí tocar en el grupo de Count Basie, en el puesto de Lester Young”.